

CONDICIONES.

Se publica tan sólo cuatro veces al mes, el valor de la suscripción en esta ciudad por mensualidades adelantadas es de 20 cts. Números sueltos 6 cts. atrasados 8 cts.

EL ALDEANO.

Semanario católico, de variedades e información

CONDICIONES.

Subscripciones foráneas á 75 cts. el trimestre: pago adelantado.

Para todo lo relativo á este periódico dirigirse á J. E. López Aguirre y Cía.

Director propietario, M. T. GUZMAN.

Registrado como artículo de segunda clase en 13 de Junio de 1904.

Editores y Responsables J. E. LOPEZ AGUIRRE Y CIA.

LA MUERTE REAL

y la Muerte Aparente Con Relación á los Santos Sacramentos.

(CONTINUA.)

90. Pero el Dr. Coutenot dice: terminantemente que después del paro del corazón, la vida existe todavía un tiempo variable, que la experiencia podrá un día determinar, pero que existe. (Citado por el Dr. Blanc, Criterio, l. c., 207) La misma opinión parece tener Laborde. (Vease lo dicho, n. n. 64, 65.)

91. Opina, además, el Dr. Blanc (l. c. ps 136, 137, 172, 197), y coinciden con él la mayor parte de los doctores de la Academia barcelonesa, que es posible un estado en que el alma humana continúe informando al cuerpo ó impidiendo su corrupción, sin que ejerza en él otra alguna operación vital. No repugna dice la primera de las mencionadas conclusiones, á ninguna de las leyes conocidas de la naturaleza el que el hombre pueda permanecer durante un tiempo más ó menos largo en estado de vida sin operación alguna vital, como ocurre en ciertos animales inferiores y en los vegetales en invierno. Pero tampoco tiene la ciencia actual medio de demostrar que este estado tenga lugar alguna vez. [Aprobado por mayoría.]

92. Tampoco las otras señales nos dan mayor certeza. Uno de los signos de más valor, dice el Dr. Blanc (l. c. p. 202) por lo constante, es la aparición de las manchas lívidas ó sugilaciones en los puntos declives; pero tienen el inconveniente de que en los muertos por hemorragia se presentan tarde y poco aparentes, y que en los coléricos se presentan antes de la muerte.

Estas manchas, llamadas cadavéricas, suelen aparecer entre ocho y quince horas después de la muerte, y no pocas veces se han presentado en hombres asfixiados que han vuelto á recobrar una salud perfecta (Capellmann-Medic. pastor. p. 183, ed. 2.^a latina).

93. Más equívocas que las anteriores son las señales que se toman del llamado ojo cadavérico, rostro hipocrático, etc., y así nosotros detendremos en ellas.

94. Todavía es posible, escribe el Dr. Blanc (l. c. p. 207), que diga alguno: es que presenciando la agonía de un enfermo viene un momento en que tan radical trans-

formación se produce en el aspecto del moribundo, que uno dice convencido: todo ha terminado.

A esto se puede contestar que no basta esta impresión para asegurar la muerte, puesto que el cambio que se observa es debido seguramente á contracciones ó relajaciones de los músculos de la cara, á la repentina suspensión del movimiento del corazón, que, haciendo bajar bruscamente la tensión sanguínea, determina, como en los síncope, la contracción de las arteriolas de la cabeza, que dá la explicación de la súbita palidez, etc. etc.

A contracciones y relajaciones musculares se reduce toda aquella notable mudanza, y ciertamente, por lo que llevamos dicho, se comprenderá que esto no cabe admitirlo como signo del trance supremo.

95. Como señal casi cierta suele aducirse la rigidez cadavérica: pero ofrece el grandísimo inconveniente de poder ser confundida, sobre todo por los que no son médicos, con la rigidez que antes de la muerte invade á los atacados de espasmo, asfixia, tétanos, etc. Evidentemente, apreciados por alguna persona extraña al arte, la rigidez cadavérica puede ser confundida con los diferentes estados patológicos de que nosotros hemos hablado y dar lugar á confusiones desagradables; pero creemos que un médico experimentado podrá sacar del fenómeno de la rigidez, de los indicados, una muy grande certidumbre (Icard, l. c. p. 25).

96. De manera que podríamos concluir con Beclard, que hoy no se reconoce más signo cierto de la muerte que la putrefacción: La putrefacción es por excelencia el signo de la muerte; se puede por lo mismo decir que no hay por ahora más que éste.

No parece andar lejos de admitir esta conclusión el Dr. Letamendi, como se deduce de estas palabras que copiamos de su Curso de Patología general, tomo III, p. 223: Nadie puede afirmar que una muerte es real mientras no vea que aquel tanto de energías que constituyó el capital del sugeto in extremis queda agotado, dejando paso franco, bien á la acción de los microfitos corruptores, bien á la de cualquiera otras causas de al-

teración incompatible con la vida (Madrid, 1889).

97. Aún en los casos de gangrena, y en los recién nacidos en estado de muerte aparente, es fácil confundir los primeros signos de la putrefacción con otros síntomas; y creer muerto al que no lo está (Dr. Goggia. Cosmos, V. 44. p. 147.)

(Continuará.)

Interesante.

No obstante la buena acogida que ha tenido "El Aldeano" entre los muchos suscriptores de dentro y fuera de la Capital, y la deferencia honrosa de la prensa al establecer con él el cambio, lo que ha ayudado á su sostenimiento, aprovechando algunos trabajos de sus colegas entre ellos, muchos muy respetables, podemos decir que su duración no está asegurada. Los campeones de la prensa sabrán muy bien apreciar nuestro dicho, pues ellos conocen las grandes dificultades que se presentan para la fundación y sostenimiento de un periódico, razón por la cual muchos colegas agonizan en su nacimiento, y otros mueren poco después de haber visto la luz.

El periodista es un héroe que lucha aún con lo que le debiera dar vida.

"El Aldeano" solicita anuncios, y suplica á sus suscriptores la propaganda. Es el único periódico en su género que se publica en el Estado, y es el periódico del pueblo y para el pueblo.

Nueva Industria en el Estado.

Porvenir del Saltillo.

Bajo este rubro anuncia "El Estado de Coahuila" periódico de esta Ciudad un bien conciencioso artículo sobre la explotación del Guayule, que influirá sin duda en el porvenir del Saltillo.

Nada podemos añadir á las prudentes observaciones que su autor hace resalta en el mencionado artículo; pero sí es nuestro deber insistir con el articulista en que se tomen las medidas necesarias para que la tala de esta planta no sea immoderada y que si posible fuese, se expidiera un reglamento preventivo que impida la extinción de dicha planta.

En el interés de los propietarios, de los terrenos, y de los mismos que

han emprendido la explotación del Guayule está el avenirse á un reglamento que el Gobierno expidiera, al que deberían sugetarse como árbitro en la cuestión, máxime, cuando esto influye no solo en bien de unos y otros explotadores, sino en el porvenir del Estado y de sus habitantes; y esto, estamos seguros, les hará aceptar gustosos una disposición reglamentaria, y que aún ellos mismos deberían solicitar para atender mejor al porvenir de sus intereses.

En todas las naciones cultas se han dado ya estas disposiciones que moderan la tala destructora de los bosques, no obstante que estos son también propiedades particulares en las cuales podría creerse que los gobiernos no podrían inmiscuirse; pero que realmente caen bajo el dominio de una disposición gubernativa, por tratarse del bien común, esta cuestión es la más importante en el artículo aludido.

Damos nuestro parabién al Dr. Juan Cabello Siller; y por ello estará muy satisfecho al ver realizados sus propósitos, que tanto bien traerán á la clase proletaria que encontrará trabajo, y en él, subsidio á sus necesidades.

También al Sr. Gobernador Lic. D. Miguel Cárdenas, que ha acogido en nuestro suelo á esta empresa que unida á la fundición cuyos trabajos van tan avanzados, refuirán ambas en bien de la ciudad y del Estado.

Los Malos Lectores.

Bastante se ha hablado de las malas lecturas.—Digamos cuatro palabras de los malos lectores.

Es un axioma de sentido común que no se dan los frutos sin abono, ni se improvisan las obras sin operarios. El éxito de toda empresa humana, no está en la empresa misma sino en sus colaboradores.

Véase ahora quienes son los "cómplices" de la labor desmoralizadora y bastarda de esa prensa, indigna de tal nombre, de la que las personas decentes abominan á diario, y no obstante sus abominaciones, se sostiene.

Es penoso decirlo, pero las verdades por mortificantes que sean no conviene callarlas.

El apoyo más firme con que cuenta el publicismo pernicioso, impío y desmoralizador—que todos los tres caracteres abarca el "género"—radica aunque parezca incomprendible la aberración, una gran parte de la sociedad sentada, cuyos más sacrosantos intereses vulnera con envenenados saetazos el primer ignorante que se lanza á la palestra armado del "carcaj" de su imprenta y desvergonzada osadía.

Nada más fácil que hacer un periódico de estos. Primero, el reto á la opinión, el cartel de desafío de rúbrica, en el que se amenaza á todo bicho viviente con llevarlo á la piqueta del escándalo, cualquiera que sea su condición social, y sin atenciones ni farándulas.

Después, la subsiguiente propaganda oral, de la que generalmente se en-